

que despierta sospechas entre la población. Poco tiempo después, Flesselles, que no ha hecho nada para cumplir su ofrecimiento, se ve obligado a distribuir los 360 fusiles que había en el ayuntamiento —el Hôtel de Ville, como lo llaman los franceses—. Es obvio que tales fusiles no bastan para equipar al gentío, por lo que el Comité Permanente solicita a François Virot, el marqués de Sombreuil, el gobernador de los Inválidos, su cooperación.

Para armar a la milicia, es indispensable contar con los 32 mil fusiles guardados en los Inválidos. Sombreuil urde pretextos para evitar la entrega de las armas a los ciudadanos, con lo que sólo logra alimentar la cólera de la gente. Esta molestia, este resquemor producido por las evasivas de la autoridad, flota en el aire durante el resto del día, junto al humo de las barreras incendiadas, junto a las escarapelas bicolores. Nadie tolera que el arsenal de los Inválidos esté colmado de fusiles.

Mañana, cuando Luis XVI lea en su agenda “Martes 14, nada”, la sombra de una multitud furiosa opacará las losas de los Inválidos. Hoy, los parisienses saben que en ese sitio están aguardándolos las armas. Saben también que los postigos de una ventana nueva han comenzado a batirse.

14 DE JULIO DE 1789

Durante toda la noche, los rumores crecen y se reproducen, inundan la ciudad e inquietan a sus habitantes, desesperados por conseguir las armas para la milicia burguesa. A veces se dice que 15 mil soldados avanzan por el barrio de Saint-Antoine, situado allá lejos, al este del centro de la ciudad, y poco después alguien informa que el Royal-Allemand está a punto de atacar el Hôtel de Ville, y aunque ninguna de esas noticias es verdadera contribuyen a acrecentar la tensión de la gente, ya de por sí desvelada e irritada.

Desde la seis de la mañana, la gente se concentra en la explanada de los Inválidos, para *convencer* al marqués de Sombreuil, el gobernador del recinto, de que entregue los fusiles que guarda en los sótanos. Un momento después, Louis-Dominique Éthis de Corny, enviado del Comité Permanente de la Asamblea de Electores de París, se presenta ante la puerta del edificio —que muchos años

14 DE JULIO DE 1789 ♦ 143

después albergará el Museo del Ejército y los restos de Napoleón Bonaparte—, se entrevista con Sombreuil y le exige que entregue las armas.

Luego de varios minutos, Sombreuil abre una puerta y asoma la cabeza para repetir lo que ya le dijo a Corny: que sólo cuando el barón de Besenval lo autorice, él entregará, con mucho gusto por cierto, las armas que reclama la multitud. Pero la gente ya no tiene ánimos para esperar el dilatado trámite burocrático que ya dura más de un día y unos brazos jalan al joven marqués por las solapas, abren de par en par las puertas y permiten que unos 40 mil parisenses penetren en el edificio, rompan puertas y ventanas, destruyan decorados, rasguen cuadros, aplasten platos y, sobre todo, se apoderen de los 32 mil ansiados rifles, así como de 12 cañones. Los viejitos que forman parte de la guarnición, mientras tanto, nada más sonríen, saludan a los insurgentes y les invitan un trago de vino. Habían recibido la orden de descomponer los fusiles, pero en seis horas sólo echaron a perder veinte.

Unos pocos metros al suroeste, en el Campo de Marte, al enterarse del asalto, el barón de Besenval convoca a una reunión con sus oficiales y les ordena cargar contra la gente. Los comandantes, con un nudo en la garganta, responden que no se puede, porque casi todos los soldados se niegan a reprimir el movimiento y que por lo tanto sería absurdo permitir que los suizos y los alemanes deserten. La noticia aturde a Besenval, pero es un tipo sensato y prefiere que sus 5 mil soldados se conviertan en meros espectadores del saqueo de los Inválidos. Militarmente, la insurrección parisense ha triunfado. No hay ni un soldado en París para defender el Antiguo Régimen.

Pero a la gente no le interesa la teoría militar. Lo que quiere es pólvora para hacer funcionar los fusiles y poder defenderse de esos soldados que no quieren atacar pero que podrían hacerlo, para armar a la milicia burguesa y para asegurar el triunfo del levantamiento. La pólvora está, dicen, en la prisión de la Bastilla, el enorme edificio de 24 metros de altura situado al este de París, en las murallas de la ciudad vieja; la gigantesca fortaleza construida por Carlos V hacia 1370 para contener los embates de los asesinos de Juana de Arco; la monumental estructura que le impide a los obreros del barrio de Saint-Antoine ver los amaneceres; la temible pri-

sión de Estado, el hábitat de *El hombre de la máscara de hierro* y la cárcel que alguna vez fue de Honoré Gabriel Riqueti, el conde de Mirabeau; de Donatien Alphonse François, el marqués de Sade; de François-Marie Arouet, el llamado Voltaire; de Simon Nicolas Henri Linguet; de Jean Henri, conocido como Masers de Latude; de André Morellet; de Jean-François Marmontel, y de Denis Diderot.

—¡A la Bastilla! —anuncia, invita, la multitud.

—¡A la Bastilla! —responde, avanza, la multitud.

Y la gente marcha hacia el castillo, hacia el mayor y mejor símbolo de esa monarquía absoluta putrefacta tres reyes después de su establecimiento. Armado de picas, guadañas, trinchetes, garrotes y unos pocos fusiles, el personal se dirige hasta el barrio de Saint-Antoine, hasta la mole de piedra gris que alberga más mitos y misterio que presos. Ahí, los asaltantes de los Inválidos se encuentran con una muchedumbre de obreros vecinos de la prisión, que desde las primeras horas del día está asustada y preocupada porque los cañones de la fortaleza apuntan contra el barrio proletario por excelencia.

En el interior de la prisión, la inquietud comienza a apoderarse de Bernard René Jourdan, el marqués de Launay —nacido ahí mismo en 1740—, que es el gobernador general de la Bastilla desde que en 1776 sustituyó a su padre al frente de la fortaleza. Tiene 18 buenos cañones, que pueden hacer sufrir a la gente, pero no confía mucho en los 82 mutilados y ancianos que forman la guarnición habitual de la cárcel porque, como casi todos los soldados, son más franceses que militares. De hecho, la única fuerza confiable y efectiva con que cuenta son los 32 guardias suizos que viven en la prisión desde hace una semana y el par de toneladas de piedras que esperan en las almenas para caer sobre los hipotéticos agresores.

A las diez de la mañana, una comisión del ayuntamiento burgués se presenta ante las puertas de la Bastilla. Solicita hablar con el gobernador, entra al primer patio, camina junto a las casas de los soldados, luego tuerce a la izquierda hasta el primer puente levadizo, lo cruza y entra al patio del gobernador —falta todavía otro puente también levadizo y otra vuelta a la izquierda para llegar a las paredes de la fortaleza—. El marqués de Launay recibe a los regidores con amabilidad y los invita a echar un tentempié. Naturalmente, los burgueses aceptan y, mientras la gente hambrienta

y enojada espera afuera, se empaquetan unos cuantos *croissants* y dialogan sobre la mejor forma de tranquilizar a la horda de menesterosos que amenaza con interrumpir su almuerzo.

Una hora y media después, los burgueses continúan en la prisión. La gente comienza a preocuparse. Muchos creen que los comisionados han sido apresados. Y entonces, un ruido venido del cielo desencadena la tormenta. Lentamente comienzan a girar las ruedas de los cañones que defienden las ocho torres de la fortaleza hasta que se alejan lo suficiente para que nadie, allá abajo, pueda mirar las bocas de las armas. Parece un triunfo, es cierto, pues una de las demandas de los carpinteros de Saint-Antoine es el retiro de los cañones, pero el tiempo ha engendrado suspicacia entre la gente y nadie cree que sea una victoria; más bien parece que los obuses están siendo cargados para atacar a la muchedumbre. Alguien corre hasta la iglesia de Saint-Louis du Culture, sede de uno de los distritos electorales de la capital. Allí informa que la guarnición de la Bastilla está a punto de abrir fuego, provoca la inquietud de los electores y consigue que hacia las doce del día se forme una comisión, encabezada por Jacques Alexis Thuriot de la Rozière, que se dirige a la Bastilla.

Mientras avanza hacia la mole, Thuriot se da cuenta de que la multitud ha transformado sus demandas y que ahora le importa más la ocupación de la cárcel que la pólvora que contiene o el retiro de los cañones, pues, luego de varias horas, el añejo odio contra el castillo ha renacido en los ánimos populares. Por eso, cuando se entrevista con Launay, adopta la postura de la gente y exige que la prisión sea ocupada por la milicia burguesa. El gobernador, sin embargo, se niega a *rendir la plaza* y en cambio promete que los cañones retirados no serán cargados y lo despide con una sonrisa.

Pero el movimiento popular ya es incontenible. Unos chavos se trepan a los techos del primer patio, llegan al patio del gobernador —el último antes de la fortaleza— y rompen las gruesas cadenas que sostienen el primer puente levadizo, que, libre, se desploma hasta el piso y sepulta a un artesano distraído y sordo. La muchedumbre, entonces, fuerza la primera puerta, avanza por entre las caballerizas y las casas de los soldados, reconoce las tiendas que se han establecido a los lados y se muestra entusiasta, casi feliz, mientras arriba, muy arriba, los soldados de la guarnición agitan

sombreros y banderas. Pero toda la alegría se termina un minuto después porque una mano sin dueño toma una vela y la coloca en la parte posterior de un artefacto.

Un cañonazo estremece París.

Es el inicio de la batalla.

Cientos de balas golpean el pequeño patio del gobernador y detienen a la gente, que dispara sus pocas balas contra los muros de seis metros de espesor y blande amenazante sus picas contra los soldados que esperan 24 metros arriba. Una y otra vez, como los peones medievales que se lanzaban a la muerte creyendo que asaltaban un castillo, los sombrereros y los zapateros de Saint-Antoine se lanzan contra el puente levadizo que protege la prisión, y una y otra vez las ráfagas de fusilería de los suizos siembran el patio de muertos y heridos.

Entonces alguien recuerda sus días en el ejército: corre hasta una cervecería cercana, arrastra dos carretas llenas de paja y las acerca al portón. Otro audaz agrega una flama y, poco después, una columna de humo negro se pega a las paredes del edificio, oscurece las pupilas de los suizos y permite a los artesanos acercarse, al menos por un momento, hasta la puerta de la fortaleza.

Al rato, sin embargo, fracasado el ataque caótico, dos nuevas comisiones burguesas intentan detener el asalto y contener a esa gente enfurecida que rebasa todas las convenciones, e incluso pone en peligro el triunfo por el que los burgueses pelean desde el 5 de mayo, pero ambas fracasan, aplastadas por la contradictoria combinación del vigor revolucionario y la fuerza contrarrevolucionaria del marqués de Launay.

Son las tres y media de la tarde y sólo la impericia militar de la gente mantiene a salvo la prisión. Pero entonces, venidos unos del ayuntamiento y otros directamente de los Inválidos, cien guardias franceses y cuatrocientos civiles armados, dirigidos por el señor Pierre Augustin Hulin con la colaboración del subteniente Elié —militares ambos, pobres ambos—, se presentan en el primer patio de la Bastilla, consiguen organizar a la multitud e inician, con la ayuda de cuatro de los cañones tomados en los Inválidos, el primer ataque eficiente de la gente de la capital.

Y tras media hora de muchos esfuerzos, heridos y muertos, los pobres parisienses consiguen colocar dos cañones frente a la puer-

ta del castillo, la única que preserva el símbolo del absolutismo. La situación, naturalmente, es insostenible y hacia las cuatro de la tarde, con el sol veraniego más fuerte que nunca, el gobernador Launay se muerde una manga, golpea la pared con su anillo de oro y ordena que tres soldados suban a las torres, icen varias banderas blancas y, con el escándalo de unos tambores, anuncien la rendición de la Bastilla.

Una nota redactada por Launay, en la que comunica oficialmente la capitulación, consigue cruzar el puente levadizo y alcanzar las manos del parisiense Hulin, y un segundo después la enorme tabla de la puerta se precipita sobre el piso.

La gente se lanza sobre la fortaleza, sube hasta las torres, destruye los muebles y las oficinas, y, al abrir las celdas, descubre que en ellas sólo se encuentran siete personas: los falsificadores Jean Lacorrège, Bernard Laroche, Jean-Antoine Pujade y Jean Béchade; un irlandés apellidado Whyte o De Witt, que se cree Julio César; un señor apellidado Tavernier, acusado de atentar contra Luis XV, y el conde de Solagnes, encarcelado por su familia desde 1765, acusado de homicidio.

El marqués de Launay, por su parte, mira desconsolado el asalto y observa con miedo los rostros de los obreros que encabezan la arremetida popular, pero más miedo siente cuando cuatro brazos lo toman, lo sacan de la Bastilla y —mientras el joven Georges Jacques Danton se hace cargo del gobierno de la prisión— permiten que un cocinero vociferante se lance contra él y lo asesine. (Afortunadamente, el gobernador muere casi al instante y no puede sufrir la humillación de ver su cabeza colgada de una pica recorriendo las calles de París, mientras la gente baila y festeja a su alrededor, al mismo tiempo que celebra la muerte de Jacques de Flesselles, el preboste de los comerciantes de la capital, cuya actitud sospechosa también bastó para que fuera ajusticiado.)

Ha caído la Bastilla.

No ha sido, ciertamente, una batalla importante, pero la gente ha dado un paso más importante que el de las líneas militares: ha sepultado el miedo y ha acabado con el respeto. Con la arremetida, la monarquía absoluta había recibido el más temible golpe moral que jamás hubiere recibido y eso lo comprendió, primero que nadie, François Alexandre Frédéric, el duque de La Rochefou-

cauld-Liancourt, el asistente principal de Luis XVI: cuando Su Majestad le inquirió, unas horas después del asalto, sobre el significado del suceso, respondió que los parisienses habían acabado con una imagen de la prepotencia.

—¿Pero es una revuelta? —dicen que repreguntó Luis XVI.

—No, sire, es una revolución —dicen que respondió el duque, como sabiendo que doscientos años después, en el mismo sitio donde se levantaba la Bastilla, miles y miles de personas se concentrarían para celebrar, con notas de reggae y tango, el triunfo de la libertad, la fiesta nacional francesa y la inauguración de una ópera posmoderna.

15 DE JULIO DE 1789

—Señores —dice el rey con voz solemne—, desgarráis cada vez más mi corazón con el relato que me hacéis de las desgracias de París; no es posible creer que la causa de tales desdichas sean las órdenes que han sido dadas a las tropas. —Mide por un segundo el efecto de sus palabras y, frunciendo el ceño, concluye—: Conocéis la respuesta que he dado a la comisión que os ha precedido, y no tengo nada que añadir.

Entonces, con un gesto bien estudiado, Luis XVI despide al grupo de diputados que lo ha visitado para informar sobre los sucesos de París. Su Majestad, sin inmutarse, ha cerrado los ojos para no ver más allá del último árbol que rodea la luminosa Versalles.

Estos diputados que han ido a buscar al rey, portadores de la preocupación que se respira en la Asamblea Nacional desde que Louis de Noailles, el conde de Ayen, trajo al Hôtel des Menus-Plaisirs la noticia de la caída de la Bastilla, abandonan el recinto real con un dejo de frustración atravesado en la garganta. Antes de la suya, en la noche de ayer, otra comisión de representantes ha conversado con el rey y éste ha respondido con la misma actitud de indiferencia, con el mismo desgano, prometiendo sólo el retiro de las tropas acampadas en el Campo de Marte. Ninguno de los miembros de estas comisiones entenderá que las respuestas se deben, precisamente, a que el rey no entiende el significado de los sucesos recientes. Los relojes de Versalles contarán muchos minutos an-

15 DE JULIO DE 1789 ♦ 149